

cisma y de libertinage, y mirándolos con semblante terrible: «Sois unos impostores (les dijo): conozco perfectamente á estos religiosos; yo mismo firmé la orden que tienen del gran señor, y mandaré poner en la cárcel al primero de vosotros que se atreva á inquietarlos.» Después dijo á los misioneros con mucho agrado: «Tranquilizaos, yo os recibo bajo mi protección, nada teneis que temer.» Entonces se entregaron con entera libertad á las funciones de su ministerio, y con su constancia, sobre todo en instruir á la juventud, con su cuidado en hacer que esta adquiriese una forma de vida arreglada, y con su caridad magnánima en socorrer á los enfermos durante la peste que poco después se encendió en toda la ciudad, se grangearon el afecto de los fieles y de los infieles, de los comerciantes ingleses y holandeses, como también de la nación y del cónsul de Francia, que al fin les dió su capilla con el título de capellanes suyos, para que en cierto modo estuviesen bajo la salvaguardia del derecho de gentes: lo que confirmó después el rey Luis XIV por un despacho formal que los ponía bajo la protección particular del rey cristianísimo. En pocos años se aumentó considerablemente el número de los católicos entre los cristianos griegos, maronitas y armenios. Se cree que llegaron á cincuenta mil, sin contar muchos europeos que pasaban á aquella ciudad opulenta con motivo del comercio.

La misión de Antura en el país de los maronitas, esto es, en las montañas del Líbano, fué establecida en 1656 (1). Es un prodigio la perseverancia de esta pequeña nación en la fe católica en medio de los infieles, de los cismáticos y de todo género de hereges. Su nombre y su adhesión á la santa creencia lo tomó del santo abad Maron, que nació en la Siria en el siglo cuarto, y no debe confundirse con un famoso monotelita del mismo nombre y casi del mismo tiempo. El que tan justamente honran

(1) Cart. edif. t. 1, p. 238 y sig.; Ib. p. 109 etc.

los maronitas se santificó en la vida cenobítica, y dirigió un gran número de discípulos en la misma carrera. Fué tal la reputación de su santidad, que San Juan Crisóstomo le escribió desde su destierro para conseguir por su intercesión el valor que necesitaba en las persecuciones que padecía. La carta de este santo abad al Papa Hormisdas, y el libro que presentó al concilio de Calcedonia, son unos monumentos auténticos de su celo por la verdadera fe.

Después de su muerte edificaron sus discípulos otro monasterio cerca del río Oronte, y para hacerle más recomendable le dieron el nombre del santo abad á quien lloraban. El mismo nombre añadieron al de Juan, que era el del nuevo superior que eligieron, y que se opuso con el mismo buen éxito á los progresos de la heregía. Hizo que la abjurasen muchos, y defendió tan grandemente á su nación contra los atentados de los hereges y cismáticos que la rodeaban por todas partes, que fué la única que en el Oriente quedó adicta de un modo inviolable y universal al centro de la unidad católica. Este abad, Juan Maron, fué el primer patriarca de los maronitas instituido por la Santa Sede romana. Desde aquel tiempo hasta nuestros días nunca dejaron sus sucesores de dirigirse á Roma después de su elección, para que fuese confirmada y para obtener el palio.

Tanto más prodigiosa debe parecer la fidelidad de esta nación, cuanto mayor es la diferencia que hay entre ella y la religión monstruosa de los drusos, sus vecinos y en gran parte sus señores (1). Teníanse estos sin embargo por descendientes de los franceses que en tiempo de las cruzadas fueron á la conquista de la Tierra Santa. Algunos autores llegan hasta especificar su origen y el modo con que se establecieron, y dicen que, habiendo sido derrotado por los infieles un conde de Dreux, huyeron á los montes las reliquias de sus tropas, se afir-

(1) Cart. edif. t. 2, p. 273 etc.

cheraron en ellos, se multiplicaron y tomaron el nombre de drusos en memoria de su jefe. Hay otros que sostienen que esta nación tenía ya antes de las cruzadas el nombre de drusos: lo que no impediría que, á lo menos en parte, se hubiese formado de aquellos cruzados franceses, incorporados con los naturales del país, como es de presumir en vista de su afecto constante á la Francia y al cristianismo. Uno de sus principales señores tiene el título de duque, y dice que descende de la casa de los Guisas.

Mas sea lo que quiera de su pretension, el estravío de los drusos en materia de Religión muestra muy claramente que no hay acepción de personas con el Señor y que es del todo libre en sus dones. Mientras se señalaban los maronitas con una perseverancia de tantos siglos en una Religión abandonada por renegados de la misma sangre que ellos, los drusos, que se decían descendientes de héroes cristianos, y continuaban llamándose cristianos, solo conservaban este nombre para deshonorarle con mayor escándalo. Su religión ya no es más que un compuesto monstruoso de las prácticas que han conservado del cristianismo, y de las que han adoptado del mahometismo, ya sea por su trato con los turcos, ó ya por el temor de su enemistad y de una opresión total. Aunque observan la circuncisión y llevan turbante, leen siempre el Evangelio con un respeto extraordinario. No tienen ninguna veneración á Mahoma, desechan los principales artículos de su ley, y en particular la pluralidad de mugeres. En una palabra, su alma es cristiana, y tienen mucho más afecto á los cristianos que á los musulmanes; pero su adhesión inviolable á sus usos, junto con su máxima de no oír ni discutir jamás acerca de la Religión, parece que les cierra para siempre el camino del cielo. Como habitan en el mismo país que los maronitas, y son más poderosos que estos, los cuales la mayor parte son arrendatarios suyos, los desórdenes que necesariamente reinan entre unos cristianos que habían degenerado de

un modo tan deplorable, formaban un escollo muy peligroso para la salvación de los que vivían bajo su dependencia. Este fué uno de los principales motivos para el establecimiento de la misión de Antura, cuya ejecución fué obra visible de la Providencia.

El pastor destinado á recoger este precioso rebaño y á preservarle de los lazos que le rodeaban, era un comerciante natural de Marsella, llamado Lambert, y residente entonces en Seide, ciudad de la Siria, donde había ya una misión y una congregación ó cofradía muy fervorosa (1). Se distinguía Lambert entre todos los congregantes por una piedad y una regularidad de conducta que edificaban á todos los demás y admiraban á los infieles; pero el Señor le pedía algo más que esta muda predicación. Por las relaciones que tenía con los misioneros, supo que iba á establecerse una misión en Ispahan, capital del reino de Persia, y se sintió inspirado para asociarse á una empresa en que se trataba de la salvación de tantos pueblos y de un aumento tan considerable del imperio de Jesucristo. Después de pensarlo mucho y de consultar á las personas más dignas de su confianza, no dudó que era llamado, como antiguamente San Mateo, á la vida apostólica. Arregló sus asuntos, dejó por escrito su última voluntad á un amigo virtuoso y marchó para reunirse con los misioneros de Persia.

Los caminos de la Providencia no llegan siempre al término que se propone la piedad de los hombres. Lambert, que se creía llamado á Persia, fué conducido por varios incidentes á la costa oriental de la India, cerca de la antigua ciudad de Meliapor, que tiene ahora el nombre de Santo Tomás, por creerse que padeció allí el martirio Santo Tomás. Llevado así al sepulcro de este Apóstol, sospechó que Dios tenía designios particulares con respecto á él, y que se le revelarían al pie de un monumen-

(1) Cart. edif. t. 1, p. 220 etc.

to tan santo. Se postró en la piedra en que creía todo el país que el Apóstol había padecido el martirio; estuvo allí mucho tiempo orando, y volvió muchos días consecutivos, estando en oración horas enteras, y repitiendo sin cesar estas palabras de Saulo, llamado al apostolado de las naciones: *¿Señor, qué queréis que haga?* Aquel que oye siempre los votos de las almas rectas, le habló al corazón y le inspiró un gran deseo de entrar en la Compañía de Jesús. No era Lambert un hombre ligero y crédulo. Consultó á un religioso de San Agustín que tenía fama de santidad y de muy versado en los caminos de Dios. Este santo director, después de examinar el asunto como correspondía, le aconsejó que sin perder tiempo abrazase el nuevo género de vida que se le inspiraba, y que para obviar las dificultades que podrían ofrecérsele en otra parte, fuese en derechura á Roma y se abocase con el general de los jesuitas. Al momento se embarcó Lambert para pasar á Italia; tuvo una navegación muy feliz; hizo su súplica, esponiendo todos los motivos que la autorizaban, y fué recibido en la Compañía por el general, el cual quiso llevarle por sí mismo al noviciado. Después de los dos años de probación y de los estudios convenientes á las funciones que había de desempeñar, recibió los sagrados órdenes, y marchó con dos compañeros jóvenes á las misiones de Levante, donde se presumía que sería más útil por el conocimiento que tenía del país.

Se embarcaron todos tres en un navío que pretendía arribar á Seide ó á Trípoli; pero la Providencia que siempre había conducido á Lambert por caminos ocultos, permitió, continuando del mismo modo, que la nave fuese arrojada por una tempestad á las costas de Antura. Al ver los habitantes del país un navío que había llegado á una playa que no tenía puerto ni comercio, le tuvieron por pirata, y sin consultar más que su preocupación se apoderaron de los tres misioneros y de algunas otras per-

sonas que iban en su compañía, y los condujeron á casa del comandante del país. Este oficial, llamado Abunaufel, preguntó á Lambert y á sus dos compañeros. Le dijeron con sencillez lo que eran, y le mostraron las patentes de su general, que los declaraban religiosos de la Compañía de Jesús enviados á las misiones de Siria.

No tardaron en tranquilizarse sus ánimos. Abunaufel, que era el maronita más rico y más distinguido de las montañas del Anti-Líbano, era también el cristiano más virtuoso y el más celoso católico. Aunque había nacido en una clase ordinaria, en medio de los bárbaros y bajo el yugo de la tiranía, tenía su alma una elevación digna de un trono. Su talento superior sabía dar á Dios lo que era de Dios, al César lo que era del César, y servir también á las potencias extranjeras sin causar jamás ningún recelo á la Puerta Otomana. Así, con anuencia, y aun con aplauso del Gran Señor, le suplicaron los venecianos que fuese su cónsul, y le dió también Luis XIV el consulado de la nación francesa. El príncipe de los drusos, á pesar de la enorme diferencia que había entre su cristianismo y el de Abunaufel, le reverenciaba como á su padre, le oía como á su oráculo, y le dejaba el cuidado de hacer justicia á los cristianos del país. Pero aunque el príncipe le había establecido juez de su pueblo, trataba á todos con amor paternal, y tuvo siempre el secreto de conservar la autoridad sin hacerla gravosa, y de hacerla amable sin debilitarla. Honrado por los mayores potentados, renovaba en Oriente la noble sencillez de los primeros patriarcas y la hospitalidad generosa del padre de los creyentes. Tenía mesa franca, no solo para las personas considerables del país, sino para extranjeros desconocidos, para todos los pasajeros, y sobre todo para los pobres, á quienes trataba como si fuesen hijos. Les salía al encuentro, los buscaba con cuidado y con cierta inquietud, se informaba de todas sus necesidades, y colocaba en el número de

días aciagos los que no había suministrado ningún ejercicio á su caridad. Era indecible su sensibilidad en todas las cosas que interesaban á la Religión. No podía oír sin derramar lágrimas las violencias que de cuando en cuando ejercían algunos mahometanos brutales; y cuando alguno se admiraba de ello, decía: «A todos los cristianos los tengo en mi corazón. ¿Será posible hacerles alguna herida sin que me hieran á mí mismo? A pesar de la distancia de los lugares, siento yo todos los golpes que se descargan sobre ellos en las mazmorras de Constantinopla (1).» Tales son los corazones que forma todavía la gracia del cristianismo en los parages en que al cabo de tantos siglos todo conspira á destruirle.

Además de las virtudes, había dotado el cielo á Abunaufel de todo el talento necesario para proteger la verdadera Religión en medio de los lazos de que estaba rodeada, y para conservar su propia vida, por eso mismo tan preciosa, hasta la avanzada edad en que la coronó con una muerte santa y apacible. Como en todas partes era tenido por protector de los cristianos, rara vez se apartaba de las montañas por no caer en manos de algunos turcos fanáticos. Sin embargo, un caballero poderoso de esta nación tuvo la curiosidad de ver á un cristiano tan célebre, y le envió un espreso suplicándole que acudiese á un parage que él le señalaba. Abunaufel, como hombre de talento, se escusó cortesmente de esa entrevista, y dió al enviado la carta que sigue: «Señor, solo puede tener deseo de verme, porque no me conocéis. Pero yo que me conozco bien, no debo desear que me vean, y seguramente no merezco el honor que queréis dispensarme. A pesar de esto, me lisonjea tanto vuestro convite, que á falta de un personaje que tanto se os ha elogiado, quiero á lo menos presentaros su retrato pintado al natural. Mi estatura es un poco más que regular; tengo la cabeza

abultada, la frente espaciosa, los colores vivos, barba poblada, nariz corta y gruesa, pero dicen que no me afea; ojos bastante expresivos, y no falta quien asegura que mis miradas suelen ser terribles. En una palabra, los que quieren adularme dicen que mi presencia y aire de cuerpo tienen cierta magestad pero lo que yo puedo deciros es, que me parece mucho á ciertos personajes que se ven en las medallas mohosas, ó en los tapices viejos. Juzgad ahora, señor, si debéis tener curiosidad de ver á un hombre semejante, ó á lo menos si este hombre debe de tener mucho afán de ser visto. Uno y otro perderíamos mucho si tuviese efecto la cita.»

Con este grado de inteligencia comprendió fácilmente Abunaufel que los que tenían por corsarios eran misioneros que le enviaba la Providencia; y para cooperar á los designios de esta, resolvió establecer una misión entre los maronitas de las montañas, que con dificultad podían participar de los frutos de las demás misiones. Les dió pues un terreno en sus propias posesiones, esto es, en la parte del Líbano, llamada Kesroan, en la aldea de Antura, situada entre la ciudad de Bérto, y la antigua Gibail, en que se labraban las maderas de cedro que Hiram, rey de Tiro, dió á Salomón para el templo de Jerusalem. Les cedió un sitio espacioso para capilla, una casa con jardín, é hizo todos los gastos de construcción. Antura significa en arábigo manantial de agua de roca, y se llama así porque está cerca de un monte pedregoso, de donde brota una fuente abundante que fertiliza toda la comarca. El establecimiento de esta misión proporcionó unas ventajas considerables. Como el aire era muy sano, contribuía mucho al restablecimiento de los misioneros después de sus viajes penosos por las montañas. Pero lo más principal es que aquel país, casi todo cristiano católico, ofrecía un asilo seguro contra las persecuciones que se suscitaban en los contornos. Los mahometanos, que después de

(1) Cart. edif. t. 2, p. 283 etc.

haber abrazado el cristianismo, no podian menos de esperar el último suplicio si permanecian en los parages llanos y despejados, encontraban allí por lo menos un refugio provisional hasta que se les trasladase á otros dominios.

Aun los cristianos de Europa cogian allí, en caso necesario, los frutos de la caridad que de aquellos fervorosos maronitas, á ejemplo de los primeros fieles, formaba un solo corazón y una sola alma. De este número fué una holandesa católica, cuyas aventuras se tendrían por fabulosas, si no las refiriesen los mas graves misioneros, los cuales fueron testigos de ellas, y en particular el célebre P. Nacchi, maronita, que por su mérito extraordinario fué nombrado superior general de las misiones de Siria y Egipto (1). Un turco jóven, natural de Damasco, cautivado en el mar por los malteses, pasó á servir á un caballero español, que le cobró cariño; cuidó de que le instruyesen en la fé, y su buen trato le movió á hacerse cristiano. Ocho ó diez años despues marchó con él á la guerra de Flandes, y como el turco mostrase excelentes cualidades, y en especial las que son propias de la profesion de las armas, su amo, que era ya su amigo y su afectuoso protector, consiguió que se le diese una compañía de caballería. Al fin de la campaña, el nuevo capitán, que tendría unos veinticinco años, fué á Bruselas á pasar allí los cuartelès de invierno. La reputación de su buena conducta, su talento y sus buenos modales le facilitaron la entrada en las mejores casas, y contrajo una amistad íntima con una señora católica de Amsterdam que habia ido con su hija á pasar algun tiempo en Bruselas. Luego que le pareció que habia grangeado su estimación, pidió la hija en matrimonio, y la consiguió. Vivieron juntos los dos esposos por espacio de diez años, al cabo de los cuales tuvieron un hijo.

(1) Cart. edif. t. 1, p. 235, etc.

Entonces el pérfido marido, que suponía siempre ser español, manifestó confidencialmente y con mucho secreto á su muger, que era muy piadosa, un deseo ardiente de emprender la peregrinacion á Tierra Santa, prometiéndola que la llevaria despues á España á ver á su familia, y tomar conocimiento de las haciendas que fingia poseer en este reino. Concertaron de tal manera su embarque con el patron de un navío holandés que pasaba á Italia, que la madre de la esposa engañada no lo supo hasta despues que salieron. Entretanto el navío que llevaba al padre, á la madre y al hijo fué encontrado por unos berberiscos en las costas de Africa. El supuesto español, con pretexto de libertar á su muger de un insulto, pidió que se le permitiese hablar con su comandante: pasó á su bordo; le refirió sus aventuras, y le convenció de que su designio era volver á entrar en su verdadera patria, para practicar con libertad la religion de sus padres. Vuelve á su esposa; la dá á entender que llegarán mas pronto á Jerusalem mudando de navío que yendo con el holandés á Italia, y logra que le siga á pesar de su repugnancia y del secreto presentimiento que tenia de sus desgracias. Llegó hasta Argel sin saber lo que sucederia; pero en esta ciudad, y á proporcion que iba acercándose al término del viaje, en Alejandria y en Alepo, adquirió mas noticias. A pesar de los miramientos y de todas las precauciones de su marido, descubrió que solo trataba con los musulmanes, que hacia oracion con ellos, y que iba secretamente á las mezquitas. En fin, conoció que era muger de un turco, desgraciada para siempre, lejos de su patria, y reducida á pasar el resto de sus dias entre unos bárbaros, cuyas costumbres, usos y religion la llenaban de horror. El falso español por su parte la confesó su nacimiento, su religion, el motivo de su salida de Europa y de su fingida peregrinacion á Jerusalem; pero como la amaba con tanta ternura como estimación, la protestó que nunca la incomo-

daria por las prácticas del cristianismo; que solo trataria de hacerla feliz, y que tendria abundantes medios para ello en el lugar de su nacimiento, donde iba á entrar en posesion de grandes bienes.

La infeliz holandesa, sin poder proferir ni una palabra, se abandonó interiormente á la divina Providencia, y se dejó conducir por aquel indigno esposo, que en vano hacia las mayores diligencias para agradaarla y para mitigar sus penas. Para que nada faltase á su miseria, habiendo corrido la voz de que el falso español llevaba consigo gran porcion de oro y plata, fué asesinado en la ciudad de Alepo. Aquel que nunca desampara á las almas fieles, no dejó á esta destituida de todo socorro. Unas mugeres maronitas, que llegaron del monte Libano, adonde habian de volver muy pronto, la propusieron que se fuese á vivir con ellas á aquel pais, que era casi todo católico, donde practicaria su religion con toda libertad y nada la faltaria á ella y á su hijo. En aquella situacion cruel abrazó con accion de gracias el recurso que la presentaba el cielo, y llegó con sus caritativas compañeras á la aldea de Antura, donde este buen pueblo hizo todo lo posible para que se olvidase de sus tristes aventuras. Una viuda piadosa, y de las mas acomodadas, la recibió en su casa y cuidó de ella constantemente con el mayor esmero. La europea por su parte edificó á todos con una piedad angelical y con la mas ejemplar conducta. Hablaba de sus desgracias con una resignacion que hacia llorar á cuantos la oian. Despues de haber pasado asi algunos años, se le presentó ocasion y compañía conveniente para volver con su hijo al seno de su familia, y asi los misioneros como los fervorosos maronitas la suministraron todo lo que necesitaba para hacer cómodamente su largo viage.

En aquella amable nacion, en aquel dulce asilo de la inocencia y de la sencillez primitiva, además de estas virtudes pacíficas, habia tambien almas fuertes y capaces de las mayo-

res cosas. Una muger bien nacida, llamada Josefa Vonni, se habia visto reducida por la calamidad de los tiempos y de las circunstancias á refugiarse en una aldea inmediata á Seide (1). Era muy anciana, estaba muy enferma, y su cuerpo se cubrió de úlceras en tales términos, que solo con tocarla ligeramente se la causaban unos dolores intolerables. Su estremada pobreza la privaba de todas las comodidades de la vida. En una palabra, el rigor de su suerte fué como se necesitaba para manifestar la maravilla de su paciencia y de su tranquilidad inalterable en los mas violentos dolores. Jamás salia de su boca una palabra que indicase tristeza. Reinaba perpétuamente en su cara una dulce serenidad, y estaba siempre de un humor tan igual, que parecia que su cuerpo era incapáz de padecer.

Entre las vecinas que iban á consolarla, ó por mejor decir, á admirarla y edificarse, habia una jóven de diez y ocho á veinte años, hija de padres musulmanes y criada en sus errores groseros; pero tenia el corazón puro y recto, y enamorada de las virtudes que descubria en la enferma, llegó á ser una de las que mas la acompañaban. Hallándose un día sola con esta enferma: «¿Cómo es (la dijo) que hallándoos siempre atormentada de los mas crueles dolores, no os quejais nunca, antes bien mostrais una alegría inalterable?» — «Consiste (respondió la maronita) en que no soy yo sola la que lleva todo el peso de mis tormentos. El Dios á quien adoro, y que es el único digno de ser adorado, me sostiene con su gracia y me dá á entender que mis penas me hacen agradable á sus ojos. Infinitamente mas padeció él por la salvacion de mi alma; pero vos teneis la desgracia (añadió) de ignorar estas verdades consoladoras, aunque teneis tanta parte como yo en sus tormentos.» — «¿Pues quién es ese Dios que ha padecido por mí (replicó la joven)? Yo quiero conocerle.» — «Os lo

(1) Cart. edif. t. 1, p. 231 etc.